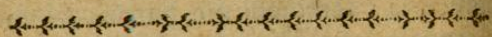


do sino doce pescadores para convertir el mundo, es en efecto el que acabas de esponer: el Apóstol S. Pablo lo declara espresamente por estas bellas palabras del capítulo primero de la primera Epístola á los Corintios. „La palabra de la fe es una locura, &c. (a).”



SEGUNDA CONFERENCIA.

*Donde se demuestra la divinidad de la religion cristiana por el milagro perpetuo de su conservacion.*

Figúrate, mi querido Teótimo, un gran rio que atraviesa el océano de un cabo al otro, sin que las olas de este mar inmenso, siempre agitado de furiosas tempestades, puedan jamas ni detener su curso, ni mezclarse con sus aguas, alterando su cualidad. De

(a) Seria muy útil que los jóvenes aprendiesen de memoria este pasage.

este mismo modo, atravesando los movimientos violentos que desde la primera predicacion de los Apóstoles no han cesado de agitar las naciones y todo el género humano; la religion cristiana ha llegado hasta nuestros tiempos del mismo modo que Jesucristo la habia dado á los Apóstoles, y los Apóstoles mismos á sus primeros discípulos.

Ten cuidado, Teotimo, desde el tiempo de Constantino; esto es, cerca de trescientos años despues de la primera publicacion del Évangelio, la religion cristiana fue la religion dominante en el Imperio Romano. Esta religion se estendia tambien entonces mas allá de los límites de este Imperio, y Jesucristo veia bajo sus leyes pueblos que los Césares no habian podido someter jamas á su poder.

Ahora, es evidente que una religion que en tan poco tiempo habia hecho tan grandes conquistas; y esto por medios tan extraordinarios, y tan opuestos al efecto que habian pro-

ducido: que habia echado tan profundas raíces en el espíritu y en el corazón de los pueblos, y que por otra parte era tan santa y tan venerable por sí misma; es evidente, digo, que una religion semejante debia sostenerse por sus propias fuerzas durante una larga serie de siglos, y hasta el fin del mundo tambien. La conservacion de la religion cristiana, considerada bajo un cierto punto de vista, nada menos es que un milagro; es decir, que no es de maravillar que todavia haya cristianos, y pueblos tambien enteros de cristianos; porque, segun el curso de las cosas humanas, todo esto debia suceder. Nada hay en todo ello que un buen político no hubiera podido preveer facilmente.

¿Dónde está el milagro de la conservacion de la religion cristiana? Vélo aqui, Teotimo: está en que, á pesar de las revoluciones de los Emperadores, de las heregias y los cismas, de los escándalos y la corrupcion de costumbres, de la ignorancia

y de la barbarie de los siglos, la religion cristiana se haya sostenido hasta ahora en su pureza primitiva: está en que siempre ha habido y haya todavia un gran cuerpo de sociedad cristiana, una Iglesia principal y dominante, á la cual no han podido jamas convencer de error alguno en su creencia, de ninguna anchura en su moral, de ninguna falsedad ni supersticion en su culto, de ninguna mudanza en su constitucion gerárquica, ni de vicio alguno en su gobierno general; en una palabra, una congregacion que puede probar con títulos auténticos conocidos de todas las naciones, que por una serie no interrumpida de Pastores descende de los Apóstoles que la fundaron, y que jamas ha sufrido que hiciesen el menor insulto al sagrado depósito de la revelacion divina que recibió de ellos.

Ve aqui, digo, en qué consiste el milagro de la conservacion de la religion cristiana: milagro no menor que el del establecimiento de esta re-

ligion, y que es mas interesante, porque nos presenta un espectáculo mas variado. Aqui Dios, ocultándose muy á menudo bajo el velo de las causas segundas, que él mismo pone en movimiento, hace brillar de mil modos diferentes los infinitos recursos de su poder y de su sabiduria. Durante el curso de diez y ocho siglos ha parecido que la religion cristiana estaba sobre el punto de ceder á los combates que la declara por todas partes; y sin embargo sale siempre victoriosa, sin saber frecuentemente cómo ha sido. Sobre esto, Teotimo, me propongo hablarte hoy.

Bien te harás cargo de que, para tratar esta materia á fondo y en toda su estension, seria necesario esponerte todos los siglos de la Iglesia uno despues de otro, y esto no es posible. Me ceñiré, pues, á algunas observaciones generales, las cuales te exhorto tengas siempre presentes en tu entendimiento, cuando algun dia leas la historia Eclesiástica, porque te servirán de mucho para sacar

de esta lectura el fruto que debe esperarse.

Si uno de aquellos filósofos que vemos entre nosotros en tan gran número, se hubiera hallado en Jerusalem cuando los Apóstoles publicaron allí por la primera vez el Evangelio, habria pronunciado sin detenerse que la religion cristiana no saldria jamas de la Judea, donde habia nacido; y que despues de hacer allí algun ruido, y escitado algun tumulto, seria ahogada en la sangre de los que la predicarian; y de sus imprudentes sectarios, ó que si esta religion hacia alguna tentativa para estenderse fuera de la Judea, seria en vergüenza suya: que todos los pueblos conjurados contra ella, la repelerian lejos de sus fronteras con tanto vigor como indignacion y desprecio. De este modo habria vaticinado nuestro filósofo; y no puede negarse, que segun todos los principios de la política humana, hubiera vaticinado bien; porque es evidente, que una religion que amenazaba á todas las religio-

nes del mundo, y que solo aspiraba á establecerse sobre sus ruinas: una religion que se declaraba enemiga de los dioses de todos los pueblos de la tierra, que se proponía aniquilar, para hacer adorar en su lugar á un hombre crucificado; es evidente, lo repito, que esta religion debia ver á todos los pueblos de la tierra, armarse contra ella, y perecer sin recurso á manos de los esfuerzos de esta universal conjuracion.

Pero si este mismo filósofo hubiera vivido bajo el reynado de Constantino el Grande, cuando los cristianos se dividieron con tanto ruido sobre la consubstancialidad del Verbo, habria vaticinado altamente que el cristianismo, despues de haberse sostenido durante trescientos años contra las persecuciones de los Emperadores Romanos, se arruinaría tarde ó temprano por sí mismo: que bien presto verian á los cristianos divididos en una infinidad de sectas, enemigas las unas de las otras, y encarnizadas siempre en destruirse mútua-

mente; y que, en fin, llegaría un tiempo en que el cristianismo no presentaría otra cosa sino un conjunto confuso de hombres, que solo se parecerían en el nombre, y de los cuales tendría cada uno su religion aparte. Este habria sido el segundo oráculo de nuestro filósofo; y este oráculo, así como el primero, habria sido dictado por la política mas ilustrada. Pará convencerse de ello, basta reflexionar un momento sobre los misterios, y sobre la moral de la religion cristiana; y en fin, sobre la constitucion del gobierno de esta religion.

1.º: Los misterios de la religion cristiana no tienen semejanza alguna con lo que vemos en el órden de la naturaleza; y son de tal modo inaccesibles á nuestra razon, que no podemos tener de ellos ni ideas claras, ni formar la menor congetura; en una palabra, los misterios son absolutamente incomprensibles.

2.º: La moral de la religion cristiana es una moral austera, y combate todas las pasiones: una moral de

humildad, de desprendimiento y de penitencia.

3.<sup>o</sup>: En fin, la constitucion del gobierno de la religion cristiana es monárquica, templada por la aristocracia. En ella se ve un órden de primeros y principales Pastores, que teniendo entre ellos una autoridad igual, son presididos por un Gefe único, cuya autoridad es superior á cada uno de ellos. Este Gefe es el Pastor de todo el rebaño de Jesucristo, y de los mismos Pastores; y por otra parte, la autoridad del cuerpo de los mismos Pastores, es una autoridad santa y sagrada, emanada inmediatamente de Dios: una autoridad independiente de todo poder temporal, y soberano en su género; en fin, una autoridad á la cual todos los cristianos, sin escepcion, y los reyes mismos, deben estar sometidos.

Sin embargo, por lo que mira á los misterios, el espíritu humano es fiero y presuntuoso, y no quiere creer sino lo que conoce, y así trata de fa-

buloso todo lo que no ha visto, y de absurdo lo que no puede comprender. El entendimiento humano es indócil, porque una vez que los hombres han adaptado un cierto modo de pensar, no hay razon que los convenza: la sola vergüenza de confesar que se engañaron, basta para fijarlos inmutablemente en el error. ¿Se vió jamas que un partido cediese á otro en las guerras de opiniones, rendir las armas y someterse al yugo? En fin, el entendimiento humano es curioso, amante de la novedad y de la singularidad, porque coloca su gloria en ensayar sus fuerzas contra la verdad conocida. Frecuentemente basta que una opinion sea ridícula, para que aquellos que se pican de bello ingenio la abracen, y basta que una vez la hayan abrazado, para que jamas la abandonen.

La moral de la religion cristiana no encuentra menos oposicion en el corazon del hombre, que los misterios de esta religion en su entendimiento. Esto es lo que cada uno pue-

de reconocer en sí mismo, y no es menester estenderse sobre ello.

En fin, tocante la constitucion del gobierno de la religion cristiana observa, 1.º: que la autoridad afecta á las grandes dignidades de esta religion, sobre todo á la dignidad Suprema, es la mas santa y mas venerable que hay en la tierra, y que todas estas dignidades son electivas, y no hereditarias; y de aqui deducirás sin trabajo, que las dignidades sagradas son muy á propósito para hacerse el objeto de las pretensiones de los hombres ambiciosos. Considera, en segundo lugar, que generalmente el genio de los príncipes es tal, que no pueden ver tranquilamente en sus estados una autoridad que no es la suya, y mucho menos todavía, una autoridad á la cual ellos mismos estan sometidos, aunque solamente en orden á la salvación; y inferirás de todo ello, que la autoridad de los primeros pastores debió naturalmente hacer sombra, y causar celos á los reyes de la tierra.

Ahora, ¿qué debía resultar de to-

das estas contrariedades, sino que todos los misterios de la religion cristiana fueran combatidos: que la moral de esta religion lo fuera tambien frecuentemente, y casi por todas partes mal observada: que la corrupcion de las costumbres seria casi general: que se verian horribles escándalos: que estos se verian hasta en el lugar santo: que las facciones y las cábalas reinarían entre los cristianos para llegar á las dignidades sacerdotales: que los pastores se dividirían entre ellos: que los unos querrian apoderarse de la autoridad principal, y que los otros no querrian reconocerla: que por todas partes resonarian los ecos de las disputas y de las contestaciones: que el mundo cristiano se veria lleno de turbaciones y tumultos, y hasta de guerra y carniceria: que varios príncipes (y puede ser que todos) se harian una máxima fundamental de arruinar la sagrada autoridad de los pastores, de substraerse á esta autoridad, de atraersela tambien toda entera á ellos mismos, de reunir asi en su persona

el imperio temporal y el imperio espiritual, y en su mano el cetro real y el cetro sacerdotal?

Es evidente, por el simple buen juicio, mi amado Teotimo, que la religion cristiana, despues de haber experimentado todas las persecuciones estrangeras, de las cuales he hablado en la conferencia precedente, debia ser el blanco de todas las persecuciones domésticas que acabo de decir, y de otras mil de que he hablado. Tambien es evidente, por el simple buen juicio, que, segun el curso ordinario de las cosas humanas, la religion cristiana debia ceder á tantos combates del modo que mas arriba he dicho.

Luego era preciso que Dios, para conservar la religion cristiana, que era obra suya, hiciese uno de estos milagros; ó que hasta el fin de los siglos encadenase todas las pasiones de los hombres, para impedirles el volverse contra la religion; ó que, aflojando la brida á todas las pasiones de los hombres, y entregando esta religion á todos sus combates, la hi-

ciese, no obstante, triunfar gloriosamente hasta el fin de los siglos: no habia medio entre estos dos milagros. Ahora, Dios, que era dueño igualmente de hacer el primero ó el segundo, porque nada es costoso á su poder, prefirió el segundo al primero porque era mas digno de él. Esto es lo que vamos á ver.

Abramos aqui, Teotimo, los fastos de la iglesia, y veremos que, desde el nacimiento del cristianismo, el demonio suscitó doctores y Apóstoles de la mentira, para oponerlos á los doctores y á los Apóstoles de la verdad; y que mientras que estos esparcian en el mundo el buen grano de la sana doctrina, aquellos arrojaban en él, á manos llenas, la cizaña de los mas perniciosos errores, por servirme de la bella figura que Jesucristo mismo ha empleado en una de sus parábolas.

Luego hubo hereges desde que comenzó á haber cristianos; y á medida que el cristianismo se estendia y perpetuaba, las heregías se multipli-

caban tambien. A las heregías se agregaron los cismas, que desolaron ya las iglesias particulares, y ya la iglesia universal.

La fe se debilitó insensiblemente, la caridad se resfrió, el fervor se relajó, y se pervirtieron las costumbres. Se vió reinar en todos los órdenes del cristianismo una licencia escandalosa: por colmo de males, los emperadores y los reyes, emprendieron muy frecuentemente el colocar sus tronos en el santuario: quisieron decidir de la fe, arreglar el culto, disponer de todo en el gobierno de la iglesia, y concentrar en su persona toda la potestad que el Hijo de Dios dió solamente á los Apóstoles, y á sus sucesores. ¿Qué crueldades no egecutaron contra los pastores y contra el rebaño? Mas de una vez tuvo motivo la iglesia para dudar si llamando Dios al cristianismo á los emperadores y á los reyes, había querido dar á la iglesia en sus personas, ó protectores para defenderla, ú opresores para darla que sufrir. Los Valentes, los Constantino-

Copronimo; y muchos otros, hicieron casi echar menos á los Domicianos y á los Dioclecianos. Este era, y todavia mas espantoso, el cuadro que la historia nos presenta de las tempestades que en todos los siglos se han levantado contra la iglesia, en el seno de la iglesia misma; y que por confesion de todos los sabios, debian naturalmente precipitarla en una ruina infalible.

Como no puedo entrar en el pormenor de los hechos sobre todos los puntos, me contentaré con hacer algunas observaciones acerca de las heregias.

Ya dije que hubo hereges desde que empezó á haber cristianos, y que á medida que el cristianismo se estendia, las heregias se multiplicaban tambien. No hay siglo que no haya producido una heregía. Todos los dogmas de nuestra fe, sin esceptuar el de la unidad de Dios, han sido combatidos. La presuntuosa y temeraria curiosidad del espíritu humano, quiso sonarlo todo hasta los abismos de la divini-



dad, y su orgullosa indocilidad no cedió jamas, ni á la razon, ni á la autoridad.

Ciertas heregias como el arrianismo, el protestantismo y otras varias, hicieron de un golpe los mas asombrosos progresos. El veneno de la vívora no fermenta mas prontamente en las venas del hombre á quien muerde. La peste mas maligna no hace tantos estragos en tan corto tiempo. Vióse estender rápidamente por todas partes á estas heregias, sus conquistas á lo léjos: llevarse de calle las provincias y los Reynos; y llenar el mundo cristiano de tumultos y divisiones. Al ver á los pueblos enteros correr como por efecto de un arrebatamiento repentino á alistarse bajo los estandartes de los heresiarcas, se hubiera dicho que el abandono de la opinion iba á ser general, y que la fe antigua se acababa.

No era solamente el pueblo ignorante y grosero el que asi se arrojaba de tropel al partido de los rebeldes, sino los hombres mas capaces de dar

crédito al error, por lo eminente de los puestos que ocupaban en la Iglesia y en el Estado, por su talento, sus luces y sus virtudes, á lo menos aparentes. Eran Prelados, Reyes y Príncipes, Doctores célebres y grandes ingenios; en una palabra, hombres apropósito para arrastrar tras sí todo su siglo, y cuyo solo nombre parece llevar consigo la prueba de todo lo que adelantan. Hubo tiempos en los cuales era elevarse á la clase de bellos espíritus, el declararse á favor de la heregia; supuesto que era abatirse á la condicion de los estúpidos, que no saben pensar por sí mismos, el mantenerse en la antigua creencia.

Todo, pues, se empleó para hacer prevalecer las nuevas doctrinas contra la antigua fe, como la sutileza de la filosofia: todo lo mas escogido de la erudicion: todo lo persuasivo de la elocuencia: todo lo que la autoridad de la gerarquía y del carácter tiene de respetuoso: todo lo que las esperanzas mas lisongeras tie-

nen para seducir : todo lo que el temor mas terrible tiene para abatir y consternar : todo lo que las invenciones de la hipocresia y la simulacion tienen de mas especioso ; y sobre todo , todo lo que la violencia tiene de mas atroz. El furor de los Reyes y de los Emperadores , perseguidores del catolicismo , ha ido mas allá del de los Reyes y los Emperadores , perseguidores del cristianismo.

Veo tambien en la historia , que varias heregias han durado varios siglos , durante cuyo tiempo se han sostenido con lucimiento , han gozado tranquilamente de sus funestas conquistas , han reynado con un imperio absoluto en los pueblos seducidos , han despreciado al abrigo de la proteccion de los Reyes , la Iglesia Madre , de la cual se habian separado , teniendo derecho en la apariencia de prometerse una eterna estabilidad.

Hallo , en fin , que todas las heregias se han apoyado sobre razones

especiosas , y sobre testos de los sagrados libros que parecian favorecerles. Los principios de la filosofia y la Escritura Santa , han sido siempre como dos arsenales abiertos á todos los partidos rebeldes á la Iglesia , y no hay ninguno que no haya sacado de ellos armas para combatir sus dogmas. Los principios de la filosofia , porque los dogmas de la fe no estan encerrados en estos principios , ni dependen de ellos de modo alguno ; porque todo lo que no está encerrado en estos principios , parece que se opone á ellos ; porque estos dogmas son incomprensibles , y porque siempre se argumenta felizmente , á lo menos en la apariencia , contra lo que nadie comprende ; la Escritura Santa , porque en varios parages es obscura , y porque un hombre de mala fe hace decir todo lo que quiere á estos pasages oscuros , hallando en ellos lo que busca , aunque nada de lo que busca está en ellos.

De la esposicion que acabo de hacer , mi querido Teotimo , se eviden-

cia, que el concurso de todos estos principios de destruccion, que parece encierra el cristianismo en su constitucion, y que en todos tiempos han obrado con tanta violencia, debian introducir en ella una confusion general: que desde muchos siglos debia ser incierto y problemático todo en la fe, en la moral, y en el culto: que desde muchos siglos no deberia haber en el cristianismo ninguna autoridad reconocida, ninguna ley respetada, ni inviolable, ni interes comun alguno que uniese los particulares entre sí para hacer de ellos un solo pueblo, y un solo rebaño de Jesucristo. Es evidente, que desde muchos siglos, la suerte del cristianismo ha debido ser la de un reyno desolado por las guerras civiles, en las cuales los diferentes partidos, armados los unos contra los otros, y encarnizados hasta destruirse, son otras tantas pérdidas, las victorias que ganan y pierden el Estado sin recurso, bajo el pretexto de defenderle. Esta debia ser la suerte de la religion

cristiana. Todo hombre capaz de reflexionar profundamente, de ver los efectos en sus causas, y que lea con atencion la historia de la Iglesia, podrá en algun modo quedar convencido por sus propios ojos, de que en los diez y ocho siglos de la Iglesia, no se halla uno siquiera en el cual esta religion no haya debido perecer por sus divisiones intestinas.

Sin embargo, no ha sucedido así. En medio de este caos de heregias y de sectas de toda especie, de persecuciones, de escándalos y de cismas, veo una Iglesia principal y dominante, que se dice fundada por los Apóstoles, y que se manifiesta á las naciones rodeada de luz, cargada de trofeos, seguida de una multitud innumerable de mártires, de confesores y de vírgenes, teniendo en su mano los titulos auténticos de su origen celestial, que nadie se atreve á contestar. Sigo á esta Iglesia de siglo en siglo, y observo:

1º: Que ella es la que en todos tiempos se ha elevado contra todos

los errores desde el momento en que han aparecido : que ha cogido á todos los hereges en el hecho de la innovacion , y ha dicho á cada uno de ellos : la doctrina que publicais hoy, no es la que ayer se enseñaba : nosotros no la hemos conocido jamas : ella es invencion vuestra.

Observo , en segundo lugar , que ninguno de los adversarios de esta Iglesia ha intentado jamas una acusacion semejante : que jamas se le ha sorprendido en el hecho de innovacion ; y que jamas ha podido nadie decirla , ni la ha dicho en efecto : vos mudais de creencia ; lo que enseñais hoy , no es lo que ayer enseñabais. Es cierto que todos estos adversarios la han acusado de haber mudado la antigua fe ; pero ninguno de ellos ha podido señalar la primera época de esta alteracion. Todos sus adversarios , sin escepcion , cuando se han levantado contra ella , la han encontrado en posesion de la doctrina que la contestaban ; y todos antes de declararse contra ella , habian comen-

zado por creer lo que ella creia.

Observo , en tercer lugar , que esta misma Iglesia es la que ha condenado todas las doctrinas nuevas , y la que ha anatematizado á los que las habian inventado , á los que las habian abrazado , á los que las protegian , y á los que las favorecian : que todas sus decisiones han sido siempre irrevocables : que jamas han podido reducirla á cambiarlas , ni á modificar su severidad ; y que siempre ha tenido el mismo language , porque siempre ha tenido la misma creencia. Lo que una vez ha pronunciado lo ha pronunciado para siempre. En vano se coligarian todas las potestades de la tierra para obligarla á suprimir , ó mudar una sola palabra de sus decisiones. Ella declara , contra los Arrianos , que el Hijo de Dios es *consustancial* á su Padre : defiende esta palabra *consustancial* , como se defiende una fortaleza , que es la llave principal de un gran reyno. Aunque esta palabra turbe á todo el universo , no por eso la abandonará : su-

frirá mil persecuciones por esta palabra; y en fin, esta palabra consagrada por la eleccion que de ella ha hecho, triunfará de todo el poder de los Césares, y resonará hasta el fin de los siglos en los Templos de esta Iglesia.

Observo, en cuarto lugar, que esta Iglesia jamas ha hecho paces, ni treguas, con los que se oponian á alguno de sus dogmas, ó que querian cambiar su gerarquia; que jamas temor alguno, alguna esperanza, intereses alguno de ninguna especie, ha podido reducirla á entrar con ellos en composicion. Ha visto repetidas veces separarse de ella Provincias y Reynos enteros: ha gemido estas pérdidas, y las ha llorado; pero ha querido mejor sufrirlas, que aflojar en la verdad.

Observo, en quinto lugar, que esta Iglesia ha defendido siempre los dogmas de la fe, que parecian menos importantes, con el mismo celo y el mismo vigor que los que son evidentemente mas esenciales: varios empe-

radores poderosos emprendieron el abolir el uso y el culto de las santas imágenes: su pretension parece apoyarse sobre testos formales del Antiguo testamento. Por otra parte, ¿qué inconveniente hay en pasarse sin imágenes? ¿Dónde está la necesidad de honrarlas? ¿Por qué una práctica, sin la cual no se deja de ser cristiano, divide todo el cristianismo? Pero ninguna de estas razones mueve á la intrépida iglesia de la cual hablo: ella se opone como un muro de bronce á las sacrílegas empresas de Leon el Isauriano, y de sus impios sucesores. El uso de las imágenes, y el culto relativo que se las da, es un punto de su tradicion: lo conservará, pues, aunque todo lo pierda: millares de mártires derramarán su sangre por este dogma, tan ligero y pequeño en la apariencia; y al fin se verá el mundo entero, y á los mismos emperadores, prosternarse delante de las imágenes de Jesucristo y de sus santos, para honrar á aquellos que representan.

Observo, en sexto lugar, que es-